

Guerreros de sangre parte 10

Autor: averius

Las ruinas del castillo eran testigos mudos de una guerra que dejó más heridas en los corazones que sobre los cuerpos. Luke caminaba entre los restos con la expresión de quien ha ganado... pero no ha ganado. El suelo estaba cubierto de ceniza y sangre, pero lo que más dolía era invisible: el eco persistente de voces que alguna vez significaron hogar.

Los soldados de la Confederación lo saludaban como un campeón, el alquimista imbatible que había llevado al enemigo al colapso. Pero Luke apenas los veía. Su mirada estaba fija en los frascos que colgaban vacíos en su cinturón, cada uno una manifestación del veneno que lo había salvado... y corrompido.

Recordaba a Takeru bajando su katana. A Quik arrodillado, la voz quebrada, diciendo "Lo siento."

Y eso lo envenenaba más que cualquier mezcla química.

—¿Cómo se atreven a pedir perdón ahora? —susurró, rompiendo un frasco contra una piedra—. ¿Después de dejarme pudrir vivo?

El rencor lo había guiado en cada fórmula. La traición lo había alimentado en cada batalla. Y sin embargo... algo dentro de él se movía.

Por las noches, en el silencio del campamento, escuchaba la voz de Wuwin—antes de ser Darkmind—susurrándole que todo estaría bien. Esa promesa nunca se cumplió. Y ahora, ya no quedaba nadie que pudiera hacerla verdad.

Luke se detuvo frente a una pared rota del castillo. En ella, por capricho del fuego, había quedado marcada una huella de cuatro manos pequeñas.

De niños.

De hermanos.

—El veneno que llevo ahora no se mezcla en frascos —murmuró, tocando la piedra con dedos temblorosos—. Está en mí.

Y mientras los festejos seguían detrás de él, Luke se dio la espalda a la celebración. Porque lo que ardía en sus entrañas no era victoria.

Era pérdida.

Irreparable.

La luna se alzaba sobre el bosque como un ojo vigilante. Allí, en la soledad de un claro oculto por maleza y antiguas ruinas, Darkmind reposaba en cuclillas frente a un lago turbio. Las aguas estaban teñidas de sangre, barro y reflejos distorsionados. Su imagen le devolvía un rostro endurecido... pero los ojos, a pesar de todo, seguían siendo los de Wuwin.

Las sombras lo envolvían como parte de su piel, agitadas, nerviosas, como si supieran que algo en él tambaleaba. Su magia aún era poderosa, más que nunca desde el pacto. Pero en su pecho, las emociones comenzaban a gritar más alto que los hechizos.

—Fallaron —murmuró, viendo el reflejo quebrado—. Y yo los enterré por eso.

Recordaba a Quik, arrodillado entre fuego y ruinas, con la voz cargada de arrepentimiento. Y a Takeru, bajando la katana sin luchar, dejando claro que habían venido sin más armas que el dolor.

—¡Pero no basta! —gritó, arrojando una piedra al agua.

La superficie se agitó, y por un instante, el rostro del demonio invocado se formó en el reflejo. Sus ojos ardían como carbones vivos, sus palabras del pacto resonaban en su memoria: *"Dame tu corazón, y te daré invencibilidad."*

Y lo había hecho. En batalla, Darkmind era intocable. Pero ahora... ¿de qué servía ese poder si el rostro de Quik aún lo hacía dudar? ¿Si el nombre "Wuwin" aún le causaba un temblor involuntario?

Una sombra se deslizó desde su espalda, susurrando tentaciones. Las voces de la oscuridad le ofrecían olvido, letargo, venganza definitiva.

—No —susurró—. Si voy a destruirlos... lo haré con cada recuerdo intacto.

En lo profundo de su alma, algo se rompía.

La sombra crecía.

Y Wuwin... empezaba a desaparecer.

El amanecer apenas tocaba la tela rota de la tienda donde Quik reposaba. Cada respiración era un recordatorio de sus costillas fracturadas, del choque brutal contra la columna, del peso insostenible de los errores. Pero más que el dolor físico, lo que lo mantenía despierto era el silencio.

No el silencio del campo de batalla, sino el silencio en el rostro de Luke. La última mirada de su hermano antes de girarse... sin odio, sin ira. Solo vacío.

Takeru estaba a su lado, en cuclillas, revisando las vendas con gesto cuidadoso. Pero ninguno hablaba. La culpa los mantenía inmóviles, como estatuas que alguna vez fueron hombres.

—Nunca pensé que lo veríamos —dijo Quik finalmente, con la voz cargada de lamento—. Y ahora desearía no haberlo hecho.

Takeru no levantó la vista. Sabía que las palabras no podían consolar.

—¿Y si... ya no hay nada que salvar? —continuó Quik—. ¿Y si Wuwin está muerto... y lo que queda solo quiere vernos caer?

Takeru suspiró.

—Entonces tenemos que cargarlo. No para que nos perdonen. Para que nosotros podamos seguir respirando.

Quik miró hacia el techo agujereado, por donde se filtraba la luz tenue del sol.

—¿Crees que merecemos otra oportunidad?

Takeru alzó la vista, por fin.

—No. Pero eso nunca nos detuvo antes.

Ambos sabían que la batalla no había terminado. Que sus hermanos menores eran ahora algo más profundo que enemigos. Pero también sabían que rendirse significaba aceptar que el vínculo se había ido para siempre.

Y aunque estuvieran destrozados... aún respiraban.

El aire del bosque era denso, cargado con la humedad de la tierra recién perturbada por la guerra. Entre las raíces enredadas y los árboles carbonizados, Takeru avanzaba, katana envainada, sin compañía ni seguridad. Solo convicción.

Cada paso lo alejaba de las ruinas donde había dejado a Quik, herido pero vivo. Habían compartido palabras rotas, promesas tardías. Y aunque sabían que el lazo con sus hermanos menores estaba destrozado... Takeru no podía permanecer inmóvil.

Darkmind ya no era Wuwin. No había duda. Lo había visto invocara aquel demonio, envolver su cuerpo con magia que corrompía el alma. Lo había sentido temblar al oír las palabras de arrepentimiento, y luego endurecerse como una tumba.

Pero Takeru no caminaba buscando batalla. Caminaba buscando restos. Migajas de humanidad que aún pudieran brillar en ese vacío.

—No quiero que me perdonen —murmuró, tocando la empuñadura de su katana sin desenvainarla—. No merezco eso.

Lo que sí deseaba —aunque apenas se atrevía a admitirlo— era ser visto. No como traidor, ni como cobarde. Sino como alguien que, al final, decidió quedarse de pie... frente a lo que destruyó.

El bosque susurraba. Las sombras se movían. Al norte, según los rumores, Darkmind había alzado una nueva fortaleza hecha de piedra, fuego y sangre.

Takeru iba hacia ella.

No con esperanza.

Pero sí con propósito.

La noche cayó como un sudario sobre los restos del castillo. Mientras las tropas de la Confederación celebraban la victoria, Darkmind se alejaba del campamento principal. Nadie se atrevía a seguirlo. Sus sombras lo escoltaban como centinelas silenciosos, conscientes del ritual que estaba por comenzar.

Había llegado al antiguo altar subterráneo, oculto bajo el suelo agrietado de la fortaleza. Allí, entre columnas quebradas y símbolos prohibidos, Darkmind arrodilló su cuerpo marcado por el combate.

—No queda amor —susurró—. Solo poder.

Sacó un antiguo pergamino que había encontrado durante su encierro años atrás. Lo había guardado para el momento en que su odio necesitara más que magia: necesitara fuego puro del infierno.

Comenzó a recitar palabras en una lengua muerta. Las sombras se agitaron, como si el aire mismo estuviera rechazando el ritual. Su pecho temblaba, no por miedo, sino por el recuerdo del rostro de Quik... el único instante en que había sentido duda.

Una grieta se abrió en el suelo. Un humo rojizo emergió como sangre evaporada, y una figura de fuego y oscuridad se alzó lentamente: un demonio sin nombre, con ojos como brasas y garras envueltas en cadenas.

—¿Aceptas el pacto? —tronó la criatura.

Darkmind cerró los ojos, una lágrima solitaria deslizándose por su mejilla.

—Acepto.

Con ese acto, el último rastro de Wuwin desapareció.

Y el mundo sintió que algo antiguo... algo letal... acababa de despertar.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por averius